

EL SIGLO

Alrededor de Témis

Sobreabundan en sensazón las siguientes consideraciones que ha sugerido a *La Proyección*, periódico de Dolores, el fisiómano reciente de Marcelino Silva en aquel departamento:

«Estas ejecuciones en el lugar de la comisión del crimen, llevando al desgraciado reo de viaje a distancias enormes, inciando servir durante varios días de *objeto* destinado a despistar la curiosidad pública; ese pueblito un *murto en vida* al través de pueblos y rancherías para conducirlo a una cuchilla a un *muerto*, en donde lo esperan algunos centenares de individuos, ávidos de emociones fuertes, que no alcanzan a comprender lo que aquello significa y que como único comentario y único recuerdo de aquella sombría escena, vuelven hablando del valle ó de la debilidad que en el momento supremo demostró el acusado; ese acentuamiento de la pena con el aumento del martirio, es algo inhumano, digno de represión, y que bien merece una propagación activa por la prensa, en el sentido de que se derogue la disposición tan brutal y despiadada.

«Se pretende acaso con eso moralizar con el ejemplo?»

«Grave error! Examinemos uno por uno los concurrentes al supuesto, averigüese el criterio con que, en general, se apreció el acto por la gente del pueblo, y seguramente costaría encontrar algunas docenas entre los contendientes que allí se encontraron, que conserven una impresión semejante de aquél *escrimento*.

«Todos nos contarán los detalles de la ejecución: la cara del reo, la expresión de sus ojos, la dificultad ó agilidad con que marchaba al banquillo, si fumaba o fumaba, si los soldados tuvieron puntería, cómo quedó el asustado después del *tiro de gracia*, —todo esto y mucho más ha quedado grabado en las imágenes; pero muy pocas, casi ninguna, expanderá una idea, dirán siquiera una palabra, que indique que aquella escena ha servido de moralizador ejemplo.

«Es la verdad. Esta misma curiosidad estúpida —que hace golpear leguas y leguas á individuos de criterio atrofiado, para darle el plazo de ver matar un hombre, demuestra claramente que en el ánimo de las gentes a quienes se presenta la imprevisión o alocación, no ejerce influencia el banquillo ni el castigo del criminal. Es otra la actitud que observamos cuando un hecho cualquiera nos impresiona: la reservar la seriedad de procederes se impone en esos casos. Cuando estamos realmente alocados, no vamos en pánicos, de jarras, así como de *verdad*, que concluye en la purificación inmediata, que hace su agosto con las copas y algunos churrascos para el *diamantes*.

El cuadro no puede ser más feo, hasta en sus más mínimos detalles. La indole nacional, brava y ostentosa de admiración á todo lo que es trágico y adaptable á un parangón entre las diversas gradaciones del valor personal en el patio, no es seguramente favorable á la ejemplarización atribuida á todos que la vindicta pública se cumpla en el sitio mismo del delito, reconstruyéndose en la imaginación la escena, obrando todas las iranitencias locales y siendo espectadores los dudos, los amigos, los conocidos de la víctima del asesinato.

El fenómeno es exclusivo de nuestro país. Mientras en Newgate se aborea en silencio á los delincuentes, concorriendo apenas algunos periodistas para dar fe en unión con el gobernador de la cárcel, el juez y el escribano, en Francia y en España acude la curiosidad pública con todo su coraje de burlito y de atracción material á los efectos de la guillotina ó del garrote. No se levanta en el espectáculo la idea de horror al crimen y de cristiana compasión,—sin rasgos poéticos que evocan al rey en una atmósfera inmerceda de simpatías,—pero si se alarma desparramo que corrupte moralmente, o se dan indicios de preferir las allucinaciones del criminal á la tranquila magestad de la justicia, é varía la corriente del criterio tumultuoso y se pronuncia feroz contra el desgraciado que marcha á la muerte, como ha sucedido con el abate Brancard, autor de varios robos y asesinatos.

No una sola, sino una docena de visitas anuales del Superior Tribunal á las cárceles, sería de positiva utilidad para evitar suficientes, sin perjuicio de cumplirse los fines de la justicia.

Vale mas cuatro palabras que un escrito en papel sellado, tratándose de causas de menor cuantía y cuyas circunstancias son fácilmente apreciables por la experiencia de los magistrados.

Ahí está el caso de Miguel Fantini, preso en la Cárcel Correccional como encautor en un robo.

Su exposición vehementemente, de viva voz, con acento que predispone á juzgarla emanada de la verdad, facilita más la acción de los tribunales que un momotromo elaborado en el transcurso de años ó meses por abogados ó por mataviboras.

Facil es imaginarla la sorpresa que experimentarian los graves miembros del Superior Tribunal, al oír que Fantini se dijó víctima del cepo colombiano en una Comisión de Montevideo, para arrancarle por el dolor una firma, —dando los nombres propios de sus verdugos y abundando en pormenores sobre el suplicio, complementado con la mordaza.

Sabido es, que el delito —suele apelar al ingenio para mejorar su causa; pero no es menos evidente que entre nosotros se ha hecho una costumbre policial el tormento, en ciertas formas, para facilitar, lo que llamaremos el triunfo de una pesquisita?

Borbata, El Chivo y sus compañeros en el assassinio del doctor Felicicangieli, acaso no hubieran sido descubiertos y fusilados, si el auxilio del cepo que hizo cantar al cochero que a sabiendas los condujo al lóbrego edificio, allegado para el crimen.

El gran malado Carvajal denunciado á Volpi y Patrón, y es de público notoriedad y fama que esos desgraciados, completamente inocentes, fueron sometidos á todo género de crueldades entre las que se hizo celebre por su refinamiento,—digno de los chinos cobardes e insensibles,—obligarles á comer sardinas saladas para despertar insaciable sed y con ella el sueño de Tántalo, presentando el agua y retirándola al aproximarse los labios que ansiaban humedecarse y á la vez rechazaban una declaración contraria á la conciencia.

Y, no fueron simples guardias, civiles, ignorantes, incapaces de prever las consecuencias. Fueron empleados tan altos de costumbre como bajos de sentimientos, quienes así procedieron: en aquellos días de vergüenza nacional,—si es que un país civilizado y noble pudiera ser capaz de las maldades de sus gobernantes.

Si cupiera consuelo en el mal de muchos, lo habría para nosotros en el hecho de que en la República Argentina el cepo es también aliado colaborador de la policía,—y no dañó, apenas, si tanto débilmente el contacto de la civilización,—en una ciudad culta, considerable en movimiento comercial, ligada directamente por el intercambio terrestre y vapores.

Hace ocho ó diez días que en Concordia fué robada una caja de hierro al señor Juan P. Montoya, y que el día anterior se le devolvió una parte de su contenido.

Los inicios señalan como principal persona á un individuo apodado *El Torobado*. Negáralo él. Entonces el secretario policial Reyno dijo presentándole el reloj:

«Te doy cinco minutos de plazo para que confieses el robo. Si no lo confiesas te meto en el cepo de preso.

«Habían pasado tres minutos cuando Reyno mostró el reloj otra vez, agregó:

«Tus minutos te quedan!...»

«Ah! gritó entonces el *Jordobado* cavendo de rodillas: —yo he sido uno de los ladrones! —Llorando a lágrima viva como arrepentido Magdalena, cantó de pleno coro temiendo el dinero, secuestrostrandolo ciento noventa pesos. Esto refutó lo extraños del *Tirito de Concordia*, apreciando como si fuera producción nacional, pues en materia de vicio y resbos administrativos no le va en zaga a la Patria Grande la Patria Chica,—asi se ha de proseguir acá y alla mientras no se haga un escarmiento legal con los libertarios que vienen manteniendo simbólicos refugios de Torquemada para conducirlo á una cuchilla á un *muerto*, en donde lo esperan algunos centenares de individuos, ávidos de emociones fuertes, que no alcanzan a comprender lo que aquello significa y que como único comentario y único recuerdo de aquella sombría escena, vuelven hablando del valle ó de la debilidad que en el momento supremo demostró el acusado; ese acentuamiento de la pena con el aumento del martirio, es algo inhumano, digno de represión, y que bien merece una propagación activa por la prensa, en el sentido de que se derogue la disposición tan brutal y despiadada.

«Se pretende acaso con eso moralizar con el ejemplo?»

«Grave error! Examinemos uno por uno los concurrentes al supuesto, averigüese el criterio con que, en general, se apreció el acto por la gente del pueblo, y seguramente costaría encontrar algunas docenas entre los contendientes que allí se encontraron, que conserven una impresión semejante de aquél *escrimento*.

«Todos nos contarán los detalles de la ejecución: la cara del reo, la expresión de sus ojos, la dificultad ó agilidad con que marchaba al banquillo, si fumaba o fumaba, si los soldados tuvieron puntería, cómo quedó el asustado después del *tiro de gracia*, —todo esto y mucho más ha quedado grabado en las imágenes; pero muy pocas, casi ninguna, expanderá una idea, dirán siquiera una palabra, que indique que aquella escena ha servido de moralizador ejemplo.

«Es la verdad. Esta misma curiosidad estúpida —que hace golpear leguas y leguas á individuos de criterio atrofiado, para darle el plazo de ver matar un hombre, demuestra claramente que en el ánimo de las gentes a quienes se presenta la imprevisión o alocación, no ejerce influencia el banquillo ni el castigo del criminal. Es otra la actitud que observamos cuando un hecho cualquiera nos impresiona: la reservar la seriedad de procederes se impone en esos casos. Cuando estamos realmente alocados, no vamos en pánicos, de jarras, así como de *verdad*, que concluye en la purificación inmediata, que hace su agosto con las copas y algunos churrascos para el *diamantes*.

El cuadro no puede ser más feo, hasta en sus más mínimos detalles. La indole nacional, brava y ostentosa de admiración á todo lo que es trágico y adaptable á un parangón entre las diversas gradaciones del valor personal en el patio, no es seguramente favorable á la ejemplarización atribuida á todos que la vindicta pública se cumpla en el sitio mismo del delito, reconstruyéndose en la imaginación la escena, obrando todas las iranitencias locales y siendo espectadores los dudos, los amigos, los conocidos de la víctima del asesinato.

El fenómeno es exclusivo de nuestro país. Mientras en Newgate se aborea en silencio á los delincuentes, concorriendo apenas algunos periodistas para dar fe en unión con el gobernador de la cárcel, el juez y el escribano, en Francia y en España acude la curiosidad pública con todo su coraje de burlito y de atracción material á los efectos de la guillotina ó del garrote. No se levanta en el espectáculo la idea de horror al crimen y de cristiana compasión,—sin rasgos poéticos que evocan al rey en una atmósfera inmerceda de simpatías,—pero si se alarma desparramo que corrupte moralmente, o se dan indicios de preferir las allucinaciones del criminal á la tranquila magestad de la justicia, é varía la corriente del criterio tumultuoso y se pronuncia feroz contra el desgraciado que marcha á la muerte, como ha sucedido con el abate Brancard, autor de varios robos y asesinatos.

«Se pretende acaso con eso moralizar con el ejemplo?»

«Examinemos uno por uno los concurrentes al supuesto, averigüese el criterio con que, en general, se apreció el acto por la gente del pueblo, y seguramente costaría encontrar algunas docenas entre los contendientes que allí se encontraron, que conserven una impresión semejante de aquél *escrimento*.

«Todos nos contarán los detalles de la ejecución: la cara del reo, la expresión de sus ojos, la dificultad ó agilidad con que marchaba al banquillo, si fumaba o fumaba, si los soldados tuvieron puntería, cómo quedó el asustado después del *tiro de gracia*, —todo esto y mucho más ha quedado grabado en las imágenes; pero muy pocas, casi ninguna, expanderá una idea, dirán siquiera una palabra, que indique que aquella escena ha servido de moralizador ejemplo.

«Es la verdad. Esta misma curiosidad estúpida —que hace golpear leguas y leguas á individuos de criterio atrofiado, para darle el plazo de ver matar un hombre, demuestra claramente que en el ánimo de las gentes a quienes se presenta la imprevisión o alocación, no ejerce influencia el banquillo ni el castigo del criminal. Es otra la actitud que observamos cuando un hecho cualquiera nos impresiona: la reservar la seriedad de procederes se impone en esos casos. Cuando estamos realmente alocados, no vamos en pánicos, de jarras, así como de *verdad*, que concluye en la purificación inmediata, que hace su agosto con las copas y algunos churrascos para el *diamantes*.

El cuadro no puede ser más feo, hasta en sus más mínimos detalles. La indole nacional, brava y ostentosa de admiración á todo lo que es trágico y adaptable á un parangón entre las diversas gradaciones del valor personal en el patio, no es seguramente favorable á la ejemplarización atribuida á todos que la vindicta pública se cumpla en el sitio mismo del delito, reconstruyéndose en la imaginación la escena, obrando todas las iranitencias locales y siendo espectadores los dudos, los amigos, los conocidos de la víctima del asesinato.

El fenómeno es exclusivo de nuestro país. Mientras en Newgate se aborea en silencio á los delincuentes, concorriendo apenas algunos periodistas para dar fe en unión con el gobernador de la cárcel, el juez y el escribano, en Francia y en España acude la curiosidad pública con todo su coraje de burlito y de atracción material á los efectos de la guillotina ó del garrote. No se levanta en el espectáculo la idea de horror al crimen y de cristiana compasión,—sin rasgos poéticos que evocan al rey en una atmósfera inmerceda de simpatías,—pero si se alarma desparramo que corrupte moralmente, o se dan indicios de preferir las allucinaciones del criminal á la tranquila magestad de la justicia, é varía la corriente del criterio tumultuoso y se pronuncia feroz contra el desgraciado que marcha á la muerte, como ha sucedido con el abate Brancard, autor de varios robos y asesinatos.

«Se pretende acaso con eso moralizar con el ejemplo?»

«Examinemos uno por uno los concurrentes al supuesto, averigüese el criterio con que, en general, se apreció el acto por la gente del pueblo, y seguramente costaría encontrar algunas docenas entre los contendientes que allí se encontraron, que conserven una impresión semejante de aquél *escrimento*.

«Todos nos contarán los detalles de la ejecución: la cara del reo, la expresión de sus ojos, la dificultad ó agilidad con que marchaba al banquillo, si fumaba o fumaba, si los soldados tuvieron puntería, cómo quedó el asustado después del *tiro de gracia*, —todo esto y mucho más ha quedado grabado en las imágenes; pero muy pocas, casi ninguna, expanderá una idea, dirán siquiera una palabra, que indique que aquella escena ha servido de moralizador ejemplo.

«Es la verdad. Esta misma curiosidad estúpida —que hace golpear leguas y leguas á individuos de criterio atrofiado, para darle el plazo de ver matar un hombre, demuestra claramente que en el ánimo de las gentes a quienes se presenta la imprevisión o alocación, no ejerce influencia el banquillo ni el castigo del criminal. Es otra la actitud que observamos cuando un hecho cualquiera nos impresiona: la reservar la seriedad de procederes se impone en esos casos. Cuando estamos realmente alocados, no vamos en pánicos, de jarras, así como de *verdad*, que concluye en la purificación inmediata, que hace su agosto con las copas y algunos churrascos para el *diamantes*.

El cuadro no puede ser más feo, hasta en sus más mínimos detalles. La indole nacional, brava y ostentosa de admiración á todo lo que es trágico y adaptable á un parangón entre las diversas gradaciones del valor personal en el patio, no es seguramente favorable á la ejemplarización atribuida á todos que la vindicta pública se cumpla en el sitio mismo del delito, reconstruyéndose en la imaginación la escena, obrando todas las iranitencias locales y siendo espectadores los dudos, los amigos, los conocidos de la víctima del asesinato.

El fenómeno es exclusivo de nuestro país. Mientras en Newgate se aborea en silencio á los delincuentes, concorriendo apenas algunos periodistas para dar fe en unión con el gobernador de la cárcel, el juez y el escribano, en Francia y en España acude la curiosidad pública con todo su coraje de burlito y de atracción material á los efectos de la guillotina ó del garrote. No se levanta en el espectáculo la idea de horror al crimen y de cristiana compasión,—sin rasgos poéticos que evocan al rey en una atmósfera inmerceda de simpatías,—pero si se alarma desparramo que corrupte moralmente, o se dan indicios de preferir las allucinaciones del criminal á la tranquila magestad de la justicia, é varía la corriente del criterio tumultuoso y se pronuncia feroz contra el desgraciado que marcha á la muerte, como ha sucedido con el abate Brancard, autor de varios robos y asesinatos.

«Se pretende acaso con eso moralizar con el ejemplo?»

«Examinemos uno por uno los concurrentes al supuesto, averigüese el criterio con que, en general, se apreció el acto por la gente del pueblo, y seguramente costaría encontrar algunas docenas entre los contendientes que allí se encontraron, que conserven una impresión semejante de aquél *escrimento*.

«Todos nos contarán los detalles de la ejecución: la cara del reo, la expresión de sus ojos, la dificultad ó agilidad con que marchaba al banquillo, si fumaba o fumaba, si los soldados tuvieron puntería, cómo quedó el asustado después del *tiro de gracia*, —todo esto y mucho más ha quedado grabado en las imágenes; pero muy pocas, casi ninguna, expanderá una idea, dirán siquiera una palabra, que indique que aquella escena ha servido de moralizador exemplo.

«Es la verdad. Esta misma curiosidad estúpida —que hace golpear leguas y leguas á individuos de criterio atrofiado, para darle el plazo de ver matar un hombre, demuestra claramente que en el ánimo de las gentes a quienes se presenta la imprevisión o alocación, no ejerce influencia el banquillo ni el castigo del criminal. Es otra la actitud que observamos cuando un hecho cualquiera nos impresiona: la reservar la seriedad de procederes se impone en esos casos. Cuando estamos realmente alocados, no vamos en pánicos, de jarras, así como de *verdad*, que concluye en la purificación inmediata, que hace su agosto con las copas y algunos churrascos para el *diamantes*.

El cuadro no puede ser más feo, hasta en sus más mínimos detalles. La indole nacional, brava y ostentosa de admiración á todo lo que es trágico y adaptable á un parangón entre las diversas gradaciones del valor personal en el patio, no es seguramente favorable á la ejemplarización atribuida á todos que la vindicta pública se cumpla en el sitio mismo del delito, reconstruyéndose en la imaginación la escena, obrando todas las iranitencias locales y siendo espectadores los dudos, los amigos, los conocidos de la víctima del asesinato.

El fenómeno es exclusivo de nuestro país. Mientras en Newgate se aborea en silencio á los delincuentes, concorriendo apenas algunos periodistas para dar fe en unión con el gobernador de la cárcel, el juez y el escribano, en Francia y en España acude la curiosidad pública con todo su coraje de burlito y de atracción material á los efectos de la guillotina ó del garrote. No se levanta en el espectáculo la idea de horror al crimen y de cristiana compasión,—sin rasgos poéticos que evocan al rey en una atmósfera inmerceda de simpatías,—pero si se alarma desparramo que corrupte moralmente, o se dan indicios de preferir las allucinaciones del criminal á la tranquila magestad de la justicia, é varía la corriente del criterio tumultuoso y se pronuncia feroz contra el desgraciado que marcha á la muerte, como ha sucedido con el abate Brancard, autor de varios robos y asesinatos.

«Se pretende acaso con eso moralizar con el ejemplo?»

«Examinemos uno por uno los concurrentes al supuesto, averigüese el criterio con que, en general, se apreció el acto por la gente del pueblo, y seguramente costaría encontrar algunas docenas entre los contendientes que allí se encontraron, que conserven una impresión semejante de aquél *escrimento*.

«Todos nos contarán los detalles de la ejecución: la cara del reo, la expresión de sus ojos, la dificultad ó agilidad con que marchaba al banquillo, si fumaba o fumaba, si los soldados tuvieron puntería, cómo quedó el asustado después del *tiro de gracia*, —todo esto y mucho más ha quedado grabado en las imágenes; pero muy pocas, casi ninguna, expanderá una idea, dirán siquiera una palabra, que indique que aquella escena ha servido de moralizador exemplo.

«Es la verdad. Esta misma curiosidad estúpida —que hace golpear leguas y leguas á individuos de criterio atrofiado, para darle el plazo de ver matar un hombre, demuestra claramente que en el ánimo de las gentes a quienes se presenta la imprevisión

